

De regreso a
Timbuctú
Afrodescendientes en la historia del Perú

loqueleo

DE REGRESO A TIMBUCTÚ
AFRODESCENDIENTES EN LA HISTORIA DEL PERÚ

© 2017, Hernán Garrido-Lecca
© De esta edición:
2017, Santillana S. A.
Av. Primavera 2160, Lima 33 - Perú

Loqueleo es un sello editorial de Santillana S. A.

Edición ejecutiva: Ana Loli
Edición: Catherine Lozano
Diseño de cubierta y diagramación: Juan José Kanashiro

ISBN: 978-612-321-090-8
Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07436
Registro de Proyecto Editorial N° 31501401700679

Primera edición: julio 2017
Impreso en julio del 2017
Tiraje: 2 000 ejemplares

Impreso en Perú - Printed in Peru
Grambs Corporación Gráfica S. A. C.
Av. Augusto Salazar Bondy 1317, San Juan de Miraflores, Lima 29 - Perú

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

869.56 Garrido Lecca, Hernán, 1960-
G267D3 De regreso a Timbuctú : afrodescendientes en la historia del Perú /
Hernán Garrido-Lecca.-- 1a ed.-- Lima : Loqueleo, 2017 (Lima :
Grambs Corporación Gráfica).
118 p. ; 22 cm.

D.L. 2017-07436
ISBN 978-612-321-090-8

1. Novelas peruanas - Siglo XX I. Título

BNP: 2017-2313

S-32291

De regreso a
Timbuctú

Afrodescendientes en la historia del Perú

Hernán Garrido-Lecca

loqueleg

*La sal llega del norte, el oro del sur,
la plata de la tierra de los blancos,
pero la palabra de Dios, las cosas,
historias y cuentos maravillosos,
solo se encuentran en Timbuctú.*

PROVERBIO SUDANÉS

*Dios recibirá a los fieles virtuosos en el jardín que riegan
los ríos, mientras los perversos, embriagados
con los placeres terrenales, viven en la brutalidad.
Las paredes de sus moradas serán de fuego.
¿Cuántas ciudades más poderosas que la ciudad
que te ha rechazado de tu seno fueron destruidas?
Nada puede detener nuestra venganza.*

9

EL CORÁN, 47, 13-14

Cuando alguien muere en Timbuctú, todos se unen en sus lamentos en torno a quien ha dejado este mundo. Tuareg, árabes y songhai, todos, lloran al muerto. Cada uno de esos tres grupos ha gobernado la ciudad, en algún momento, a lo largo de su historia. Vivir hoy en Timbuctú es imposible. Por eso, todos se conforman con sobrevivir en medio de un conflicto que nadie entiende. La guerra siempre fue parte de lo cotidiano en Timbuctú, por lo que, generación tras generación, hombres y mujeres han

aprendido que lo más importante para despertar con vida es aprender a saber en quién confiar. Pero la guerra en la que hoy está sumida la ciudad es un verdadero infierno, porque ya nadie sabe en quién confiar.

Cuando yo llegué a Timbuctú, solo sabía que debía buscar al mercader de sal, pero no sabía en quién confiar.



10

Eva se llamaba y vivió hace 150 000 años. Todos los seres humanos descendemos de ella. No sabemos mucho más que eso. Solo sabemos que provenimos de ella, la que los científicos llaman Eva mitocondrial o Eva genética, y que vivió en África cuando gran parte del planeta estaba cubierto de hielo. Sabemos que había otras mujeres entonces y también hombres, por supuesto. Sin embargo, su linaje es el que subsistió a pesar de todo lo que vino después y de lo que posiblemente venga en el futuro.

De allí que a mí me quedan claras dos cosas: primero, que la fuerza de Eva es la fuerza de los sobrevivientes; y, segundo, que todos, absolutamente todos, somos afrodescendientes.



*Señores, pido licencia
para contar una historia
que no inventó la memoria
pues vivimos la experiencia.*

NICOMEDES SANTA CRUZ

Me llamo Alejandro. Tenía trece años cuando esta historia comenzó. Sin embargo, creo que esta historia, mi historia, comenzó mucho antes y se ha repetido muchas veces. Nací en Puente Piedra, en Lima. Vivía con mi madre y mi abuelo. Mi abuela había muerto años antes y no recordaba nada de ella. Lo que supe fue lo que mi mamá y mi abuelo me contaron. De mi papá... De él, nunca supe nada. Sé que se fue y entendí mucho antes de los trece que era mejor no volver a preguntar.

11

Todo empezó cuando pasé a secundaria y mi madrina, que vivía en Lince, le propuso a mi madre que me fuese a vivir con ella para poder estar cerca de un mejor colegio. Fue así como dejé mi casa por primera vez y como, al alejarme de mi madre, inicié un largo camino, sin entenderlo en un inicio, hacia mi propio ser.

Te hemos revelado el Corán en árabe para que lo prediques en la Meca y en las ciudades vecinas, y para que anuncies el día del juicio, de cuya experiencia no se debe dudar. Una parte del género humano entrará en el Paraíso y la otra descenderá a los infiernos.

13

EL CORÁN, XLII, 5

No hablo árabe, solamente algo de francés, que estudié solo para poder hablar cuando llegase a Timbuctú. El francés tampoco me sirvió de mucho, aunque el mercader de sal sí hablaba francés. Vivía en los altos de una casa en el barrio árabe. No me fue difícil encontrarlo. Pensé que habría muchos mercaderes de sal, pero, por alguna razón que nunca entenderé, cuando preguntaba por el mercader de sal, todos me dirigían hacia el mismo lugar, en la Rue de Chemnitz, y así fue como llegué al encuentro con aquel hombre en aquella lúgubre habitación.

Estaba sentado. Su cabeza estaba totalmente cubierta por un turbante que solo dejaba ver sus ojos, y su cuerpo, por una túnica que solo dejaba ver sus pies. Detrás de él, había un segundo hombre como de piedra, de facciones difícilmente distinguibles por la escasa luz.

14 Parado en el umbral de la puerta al pie de la escalera, pensaba que era raro que no hubiese siquiera un saco de sal cuando, con una mano que apareció desde los pliegues de su túnica, me hizo una seña para que me acercara. Así lo hice. Una segunda seña de esa misma mano me invitó a sentarme y, una vez más, así lo hice. Algunos largos segundos después, cuando el silencio hacía eco en el lugar, me dijo:

—Te esperaba ya hace algún tiempo. Sé a qué vienes, pero lo que quieres no es fácil: *Ma kullu ma yatamanna al mar'u yudrikuhu tajri ar riyahu bima la tashtahi as sufunu*; significa que un hombre no siempre consigue todo lo que desea, pues los vientos no siempre soplan como las naves desean.

Me sorprendí de mí mismo, pues en ese momento sentí que era lo que esperaba que me dijese. Pasé entonces a contarle cómo y por qué había llegado allí y hasta él. Mientras hablaba, él permanecía en silencio y solo movía la cabeza de rato en rato, un poco, como asintiendo, como para dejarme saber que seguía mi historia, pero no tanto como para que yo estuviese seguro de que él, de alguna forma, ya conocía mi historia. Me detuve entonces unos segundos como para ver si efectivamente lo que sospechaba era cierto.

—Puedes detenerte allí. No hace falta que continúes. Te dije que no era fácil. Ese a quien tú buscas no está aquí en Timbuctú. Habrás de tener paciencia y esperar. Él ya sabe que tú lo buscas. Él ya decidió cuándo y dónde será el encuentro. Esta ciudad es un cruce de caminos y, escucha bien, es un cruce de caminos de personas. Hace siglos que aquí se cruzan las vidas de muchos viajeros. Por siglos, las caravanas han llegado y se han ido. Las gentes llegan y se van. Así ha sido siempre y siempre será así. Has de saber, sin embargo, que nadie, que yo sepa —y dicen que el mercader de sal lo sabe todo—, nadie sabe si realmente ese a quien tú buscas existe o es tan solo un espíritu formado por las estelas de todas las vidas que aquí se han cruzado —sentenció.

—He comprendido, mercader de sal. Esperaré, pues, encontrar a ese a quien yo busco porque es la siguiente parada en mi camino.

—Ve y camina atento. Aprende. Los muros de esta ciudad han guardado la sabiduría de toda la raza humana, de los momentos más oscuros de su historia. *Illi ma yi raf is-sagr yiswih*: aquel que no reconoce al halcón, lo echa a la parrilla. La ignorancia es madre de buena parte de lo malo que nos sucede.

Y así lo hice. Salí y caminé por el barrio de Sarekeina hasta la Place de L'indépendance. Luego seguí caminando y caminando.



Que todos somos afrodescendientes no es noticia en el Perú. Aquí dicen que «el que no tiene de inga tiene de mandinga». Todos tenemos de inca, de esa continuidad que al menos por 5000 años, desde Caral hasta hoy, ha sido el centro de poder político, militar, social y cultural de la costa occidental de América del Sur. Salvo los algo más de 130 años entre la caída de Lima ante la invasión chilena y el fallo de La Haya, los que hoy nos llamamos peruanos siempre hemos sido parte de esos pueblos, culturas, naciones, imperio, virreinato o república imperante en el Pacífico Sur de América. Más allá del legado de Eva mitocondrial, el «mandinga» nos llegó a la sangre en el siglo XVI, con Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque, quienes compartían un esclavo cuyo nombre no registra apropiadamente la historia —la que nos cuentan en los colegios— y que después se convertiría en hombre libre por voluntad de Francisco Pizarro, en medio de la guerra civil entre pizarristas y almagristas. Hay quien dice, sin embargo, que el nombre de aquel esclavo fue Alonso Prieto.

El esclavo de los tres socios de la conquista del Perú, posiblemente un andinka o malinké, una etnia que aún hoy representa la tercera parte de los habitantes de Guinea, en el África Occidental, no fue parte de los primeros negros en llegar al Perú. En realidad, los negros llegaron antes que los blancos al Perú.

Fue con Túpac Yupanqui, el gran almirante precolombino, que sería Inca al suceder a su padre Cusi Yupanqui,